VE CON CLARA

CIRU

–Abajo, derecha, izquierda... abajo.

–¿Y éstos?

–Derecha, abajo, izquierda, izquierda...

–Muy bien, Clara. Vuelve a librarse de las gafas. El año que viene, por estas fechas, le revisamos de nuevo.

"Este oculista me cae bien" –se oye pensar a Clara– "y además su consulta queda cerca de la mía. Por la tarde vienen dos clientes: la chica del chino y uno nuevo. A ver cómo se da el nuevo. Tantos años de profesión, y todavía me asusta que algo salga mal".

CLARA. VIDENTE. ADIVINACIÓN ASEGURADA.

PRIMERA CONSULTA GRATIS. 629118082 ¿DE ACUERDO?

Fidel ha llamado, y por la tarde tiene cita con la vidente. Nunca se lo hubiera imaginado él, tan formal. Pero espera que alguien le diga si tiene posibilidades con Roxana, la instructora del gimnasio. Fidel siempre ha dado pasos seguros. Necesita certezas antes de abordar a Roxana.

Abre la puerta Clara, una mujerona de edad improbable y movimientos invasivos, que acompaña a Fidel a tientas por un pasillo, hasta desembocar en la salita luminosa, donde se acomodan en butacones de cuero, frente a una mesa baja.

Al ir dictándole sus datos para la ficha, Fidel echa de menos la típica mesa camilla con bola de cristal. Clara apunta nombre, apellidos y fecha de nacimiento en una cartulina que se lleva al rostro mientras escribe, evitando que su interlocutor pueda leerle esos caracteres recargados. Fidel observa la cara de la vidente. Tiene una sonrisa de carmín coqueto, y el maquillaje ocre arcilloso excede generosamente el límite de sus párpados.

–Ahora le voy a demostrar mis dotes adivinatorias –dice Clara por fin–. Siempre lo hago con los clientes nuevos, ¿de acuerdo?

–Bueno... sí. La verdad es que me gusta ir sobre seguro.

Clara se levanta y avanza arrastrando los pies, que apartan un revistero en su trayecto. Llega hasta la ventana, y desde allí da instrucciones a Fidel: barajar unos naipes y dispersarlos sobre la mesa, todos boca abajo, bien separados, ¿de acuerdo?

–Cuando acabe, saque el tablero que está bajo la mesa y tape las cartas con él.

–Un momento... Ya está.

Clara regresa al sofá con otra baraja, gastada pero impoluta. Coge la primera carta y la coloca boca arriba cerca del centro del tablero. Sigue sacando naipes de su mazo y depositándolos en un orden arbitrario, aunque con la misteriosa seguridad de algún mecanismo interior.

–Retire el tablero y déjelo en el suelo.

De nuevo bajo las órdenes de la vidente, Fidel descubre una a una las cuarenta cartas que él había puesto en la mesa, y ve espantado cómo su colocación coincide exactamente con las que ella acaba de distribuir en el tablero.

–Ahora usted sabe que soy vidente –Clara no pregunta, simplemente expone un hecho.

–Nunca había visto nada así. ¿cuál es el truco?

–No hay truco. Yo leo sus cartas boca abajo, y voy colocando las mías. Soy vidente. Veo signos.

–Siempre había pensado que estas cosas..., pero el caso es que me fío de usted.

–Bueno, pues con esto hemos terminado la primera consulta. La gratuita. La siguiente le cobraré cien euros. Y si quiere, podemos empezar ahora mismo, ¿de acuerdo?

En los butacones, sin más cartas ni péndulos, Clara va enfocándole los sentimientos a Fidel.

Ahora no tiene dudas: le dirá a Roxana cuánto la desea.

–Abajo, derecha, izquierda..., abajo.

Los gritos eufóricos de Roxana conducen a sus agónicas víctimas, obligándolas a movimientos súbitos y sudorosos. Resulta difícil adaptarse al ritmo de la monitora, que pareciera esperar al último instante para decidir lo que ocurrirá a continuación, siguiendo un metabolismo de vitalidad errática.

Fidel la espera a la salida, ansioso pero cargado de certidumbres. Por fin tiene la

convicción que buscaba: atendiendo a su consejera vidente, va a contarle a Roxana todo lo que siente por ella. Es más, utilizará exactamente las mismas palabras que le dijo Clara, tal cual las ha memorizado:

–¿Has estado enamorada alguna vez, Roxana? Pero enamorada de verdad ¿Sabes lo que es llevar una punzada permanente en la boca del estómago? ¿Has tenido ganas de reírte todo el rato, y a la vez echarte a llorar simplemente porque se te descose un botón? ¿Te ha ocurrido que basta con cruzarte con la otra persona para hacer bueno el resto del día? ¿Te has reconciliado de golpe con la humanidad? Todo eso lo estoy viviendo por ti, Roxana, y sólo quiero que lo sepas, nada más. Que lo sepas para contagiarte por un momento lo feliz que soy. No espero ninguna respuesta tuya. Lo único que quiero es seguir como estoy, ¿de acuerdo?

Roxana estuvo de acuerdo.

Al cabo de una semana intensísima para Fidel, la instructora del gimnasio se mudó al piso de su rendido admirador. Ella nunca se cansaba de oír las palabras con las que se le declaró.

El mismo día de la mudanza, Fidel fue a visitar a Clara. Quería darle las gracias a la adivinadora y pedirle nuevos consejos, porque pasado el primer destello, creía ver algún mohín de preocupación en Roxana. Probablemente el problema era él. Quizá le faltaban las necesarias certezas. Quizá se le agotaba la energía inicial, absorbida por su aeróbica compañera.

En la consulta de Clara, nadie contestó al timbre de la puerta. El teléfono estaba siempre apagado o fuera de cobertura. Fidel creía tambalearse, presa de vacilaciones. No veía nada claro.

La dinámica Roxana nunca llegó a saber de dónde había sacado su chico esas extáticas palabras que le dijo en el gimnasio la primera vez, y se impacientaba esperando que Fidel tuviera más inspiraciones como aquella.

El cauto Fidel nunca llegó a saber que Clara había tenido un accidente en la calle, la misma tarde en que Roxana se fue a vivir con él. Un accidente tonto que le iba a privar para siempre de nuevos consejos acertados.

La ocultista Clara nunca llegó a saber que aquella borrosa cinta señalizaba la zanja abierta por los del gas. La mujer no vio el agujero que tenía delante y cayó de cabeza contra el abismo, llenándose la cara de un barro color ocre arcilloso, y de paso rompiéndose la crisma en el acto.

El oculista de Clara nunca llegó a saber que las retinas de su paciente habían ido degenerándose año a año. Esos ojos cegatos no le impedían responder sin fallos durante las optometrías. Ella veía signos, pero nada más.

En el cementerio, junto a la zanja abierta en aquel suelo ocre arcilloso, únicamente hubo un cura aburrido, leyendo sus notas al uso. Mientras los operarios hundían el ataúd de Clara, lo último que se pudo escuchar fue: "Abajo, derecha, izquierda..., abajo".